

PRIMERA PARTE
LA TORMENTA

1

Primer signo

La primera vez que Matt Carter se enfrentó a una sensación «anormal» fue justo antes de las vacaciones de Navidad. Aquel día debería haber sospechado que el mundo andaba mal, que iba a pasar algo grave. Pero aunque se hubiera tomado este fenómeno en serio, ¿qué habría podido hacer? ¿Acaso podía imaginar hasta qué punto cambiaría todo? Es más, ¿habría podido impedirlo? Desde luego que no. No habría podido hacer nada, salvo asustarse. Y esto hubiera sido mucho peor.

Era un jueves por la tarde, el penúltimo día de clase. Matt acompañaba a Tobías y a Newton a La Guarida del Dragón, una tienda especializada en juegos de rol, *wargames* y juegos de mesa. Habían salido del colegio y caminaban por las largas calles de Manhattan, en Nueva York.

Matt tenía catorce años, aunque por su estatura parecía dos años mayor. Le encantaba pasear por la ciudad, entre los cañones de edificios relucientes. Siempre había poseído una imaginación desbordante y, en sus momentos de fantasía, se decía que Manhattan era una fortaleza de cristal y acero, con cientos de torres que protegían a sus habitantes de un peligro exterior. Él se sentía un caballero entre la gente, a la espera del día en que la aventura apelara a sus talentos, sin adivinar ni por un instante que ésta tomaría un giro inesperado, tan implacable como inquietante.

—Para ser diciembre, no hace frío. ¿Os habéis dado cuenta? —preguntó Tobías.

Tobías era un chico negro, menudo e hiperactivo: cuando no daba pataditas en el suelo o movía los dedos, hablaba. Un día, el médico le dijo que «sufría ansiedad», pero el chico no lo creyó, él sólo desbordaba energía, y punto. El muchacho era un año menor que sus compañeros y era un hacha en los estudios, motivo por el cual lo habían adelantado de curso.

Y, una vez más, tenía razón: las ventiscas habituales de esa época del año aún no habían hecho su aparición y la temperatura se negaba a descender por debajo de cero.

—Con los *scouts* —continuó Tobías—, vamos a ir de acampada al condado de Rockland en vacaciones. ¡De acampada en pleno mes de diciembre!

—No nos des la vara con tus *scouts* —protestó Newton.

Newton, por el contrario, era tan alto y tan fuerte para su edad que carecía de sutileza, sobre todo comparado con su pequeño amigo. Sin embargo, resultaba un inestimable compañero de juegos de rol debido a su imaginación e implicación.

—¡Lo que no quita que sea verdad! —insistió Tobías—. Llevamos dos años seguidos casi sin nieve. Os lo digo: es la polución, que trastorna todo el planeta.

—Sí, bueno, pero, mientras, ¿qué os van a regalar por Navidad? —preguntó Newton—. ¡Yo espero la nueva Xbox! Con Oblivion, ¡me encanta este juego!

—Yo he pedido una de esas tiendas que se montan solas cuando las sacas de la funda —comentó Tobías—. También unos prismáticos para la observación de aves y la suscripción a *World of Warcraft* para el año próximo.

Newton hizo una mueca, como si la tienda y los prismáticos no pudieran ser regalos aceptables.

—¿Y tú, Matt? —inquirió Tobías.

Matt caminaba con las manos metidas en los bolsillos de su abrigo negro, que ondeaba al viento. Los mechones de su media melena castaña le azotaban la frente y las mejillas. El muchacho se encogió de hombros.

—No sé. Creo que este año prefiero ignorarlo. Me gustan mucho las sorpresas, tienen más... magia —dijo en un tono poco convincente.

Tobías y Matt se conocían desde la escuela de primaria y el primero entendió que esta Navidad tendría un sabor particular para su amigo: sus padres le habían comunicado que se iban a separar. Al principio, a finales de noviembre, Matt se había tomado la noticia con filosofía: él no podía hacer nada, era la decisión de sus padres y muchos de sus compañeros vivían así, un tiempo en casa de su padre y, a la semana siguiente, en casa de su madre. Luego, según pasaron los días, Tobías observó que su amigo languidecía a medida que las cajas de cartón se amontonaban en la entrada: la mudanza estaba prevista para primeros de año. Matt se concentraba menos en las partidas de rol e, incluso en el colegio, sus notas —ya de por sí nada extraordinarias— cayeron en picado. La realidad del divorcio lo tenía absorbido.

Como no sabía qué responder, Tobías dio una palmada amistosa en la espalda de su amigo.

Los muchachos bajaron Park Avenue siguiendo la vía del tren que partía la arteria en dos y llegaron a un barrio menos cuidado. Los tres sabían que a sus padres no les gustaba que anduvieran por ese lugar. Las aceras estaban cubiertas de basura y las paredes de pintadas. En el cruce con la Ciento diez, el trío giró: casi habían llegado a La Guirida del Dragón. Aquí, los edificios no eran tan altos, pero la calle era tan estrecha que el sol no tocaba el suelo. Las sombras de las casas lo convertían en un lugar siniestro.

Newton señaló el mugriento escaparate de una tienda cuyo cristal se había vuelto opaco a causa del polvo. Solo resultaba legible el letrero que flotaba sobre la entrada: EL BAZAR DE BALTHAZAR.

—Vamos, tíos, ¿seguís siendo unos gallinas?

Matt y Tobías intercambiaron una breve mirada. El Bazar de Balthazar servía a los chicos del colegio para probar su valor. El lugar no resultaba nada acogedor, pero lo más temible era su propietario. El viejo Balthazar odiaba a los niños, según se decía, y no dudaba en

echarlos a la calle a puntapiés en el trasero. Sobre él se habían forjado muchas leyendas y pronto circuló el rumor de que el bazar estaba embrujado. Nadie lo creía, pero todo el mundo se cuidaba de acercarse. Sin embargo, a principios de curso, Newton había entrado en la tienda solo. Y había salido después de pasar los cinco minutos reglamentarios para superar la prueba. Newton era así: sentía la necesidad de demostrar su audacia, aunque fuera con cosas pueriles.

—No tenemos miedo —dijo Tobías—, es que se trata de una historia estúpida.

—¡Es una demostración de valor! —replicó Newton—. Sin este tipo de pruebas, ¿cómo quieres demostrar tu coraje?

—No necesitamos esta clase de idioteces para ser valientes.

—Entonces, ¡demuéstrame que es una tontería, que no hay nada que temer y que eres un hombre de verdad!

Tobías suspiró.

—No hay nada que demostrar, es una estupidez y ya está.

—Sabía que te echarías atrás —se rió Newton.

Matt dio un paso hacia la calle.

—Vale, iremos Tobías y yo.

El interesado, sorprendido, puso unos ojos como platos.

—Pero... ¿qué te pasa? —farfulló.

—Ya que sois dos —continuó Newton—, tenéis que volver con algo.

Tobías frunció el ceño, la cosa tomaba mal cariz.

—¿Qué? ¿Cómo? —preguntó.

—Tenéis que mangar algo a Balthazar. Cualquiera cosa, pero volved con un objeto. ¡Entonces seréis unos tíos valientes! Y contaréis con todo mi respeto.

Tobías sacudió la cabeza.

—Es una completa idiotez...

Matt lo agarró del hombro y tiró de él para cruzar juntos la calle en dirección a la vieja tienducha.

—Pero ¿qué haces! —protestó Tobías—. ¡No tenemos que ir! ¡Newton es un estúpido y dice esto para reírse de nosotros!

—Tal vez, pero al menos dejará de darnos la tabarra. Vamos, no hay nada que temer.

Tobías caminaba a su lado, profundamente molesto con la idea de realizar algo que no sentía. «Matt nunca lo hubiera hecho antes de que sus padres se divorcieran —pensó—. Ya no es el mismo. Está como el clima. ¡Todo se va a pique!»

Matt se detuvo un instante delante de la puerta del bazar. El establecimiento era tan viejo que parecía de la época de los indios. La pintura verde oscuro de la fachada estaba desconchada y dejaba al descubierto la madera podrida. El escaparate tenía una costra gris tan espesa que no se podía saber si había luz en el interior.

—Parece que está cerrado —dijo Tobías con un deje de esperanza en la voz.

Matt movió la cabeza y empuñó el picaporte.

La puerta se abrió chirriando y los muchachos entraron.

El interior era mucho peor de lo se podía imaginar desde la calle. Las paredes estaban cubiertas de estanterías de madera que llenaban la larga tienda en todos los sentidos y la transformaban en un laberinto. Cientos, miles de objetos se amontonaban sin orden ni concierto: figuras decorativas; pisapapeles con forma de estatuilla; joyas tan antiguas como la tienda; libros con la encuadernación de cuero resquebrajada; insectos disecados dentro de unas cajas transparentes, sujetos con chinchetas; cuadros renegridos y muebles cojos, todo ello cubierto por una impresionante capa de polvo, como si nadie los hubiera tocado desde hacía siglos. Aunque, al final, lo más sorprendente era la iluminación, pensó Matt. Perdida en medio de aquella leonera, una bombilla desnuda apenas difundía una débil luz, mientras el resto del local quedaba abandonado a su misteriosa penumbra.

—En serio, creo que deberíamos salir de aquí —susurró Tobías alzando sus ojos inquietos al techo.

Sin decir una palabra, Matt rodeó la primera serie de armarios abiertos, que mostraban colecciones de sellos, de mariposas y de ta-

rros llenos de canicas multicolores, los cuales atrajeron de repente la atención de Tobías.

Matt examinaba el lugar con la mirada sin detectar ninguna presencia humana. El bazar parecía interminable y el muchacho creyó percibir un murmullo que procedía del fondo.

Tobías lo agarró del brazo.

—Vamos, creo que es mejor salir, prefiero que Newton me llame gallina a robar algo aquí.

—No vamos a robar nada —respondió Matt sin detenerse—. Tú me conoces, yo no soy así.

—Entonces, ¿qué estás haciendo? —se desesperó Tobías.

Pero su amigo no contestó y siguió avanzando en dirección al murmullo.

El silencio de Matt —más perturbador aún que el lugar donde estaban— acabó por paralizar a Tobías. El chico no pudo añadir nada más, dividido entre un miedo tenaz que le ordenaba salir corriendo y una auténtica fascinación por la multitud de canicas que relucían tenuemente a través de los recipientes de cristal. ¿Cuántas habría? Quizá mil o dos mil —imposible saberlo—. Algunas tenían un brillo violeta y naranja o negro y amarillo que les daba cierta apariencia de ojos monstruosos.

De repente, Tobías se dio cuenta de que su amigo se había adentrado en la tienda y, como no quería quedarse solo, se lanzó tras sus pasos.

Las canicas se giraron para seguirlo con la mirada. Tobías reprimió un grito. Se inclinó sobre ellas. Nada. Todas las bolas permanecían inertes, solo eran canicas. Lo había imaginado. Sí, era eso: un efecto óptico o, sencillamente, un desvarío de su cerebro provocado por la angustia. El chico se incorporó y, más tranquilo, recuperó los colores. No había pasado nada. Todo iba bien. Este lugar no era más que el resultado del delirio de un viejo huraño. Sí, todo iba bien.

Tobías corrió a reunirse con su amigo, que acababa de desaparecer detrás de una pila de libros centenarios.

Matt avanzó por el suelo abarquillado y el murmullo se oyó con más claridad. Era una voz con entonaciones controladas, como la de los presentadores de los informativos de televisión.

A medida que se acercaba, el joven fue consciente de que no estaba allí por casualidad. En otro momento, no habría aceptado el desafío de Newton, se habría limitado a ignorarlo, sin responder ni una palabra. Él siempre había sabido no embarcarse en este tipo de tonterías, tenía buen olfato para distinguir lo que había que hacer de lo que era preferible evitar. Y esta vez, precisamente, estaba haciendo *lo que era preferible evitar*. ¿Por qué? Porque era así desde hacía algunos días, algunas semanas en realidad. Desde que su padre le dijo que se iba a mudar de barrio y que al principio no se verían mucho. Después, «cuando lo hubiera arreglado todo», Matt se iría a vivir con él... si su madre los dejaba en paz. A Matt no le gustó nada este último comentario. Al día siguiente, su madre le vino con un discurso similar: ellos dos vivirían juntos, aunque su padre dijera lo contrario. Sus padres siempre habían sido muy diferentes: ella de campo, él de ciudad; ella diurna, él nocturno, y así todo. Lo que antes llamaban su «complementariedad», ahora se convertía en el símbolo de su ruptura: eran el día y la noche. Por supuesto, estaba Matt, su sol. Desde lo alto de sus catorce años, el muchacho supo enseguida hacia dónde se dirigían: hacia una guerra por conseguir su custodia. Dos compañeros suyos habían pasado por esta prueba. Una pesadilla.

«¿Y quién dice que demasiado amor no es perjudicial?», pensaba Matt lleno de rabia. Sus padres se iban a destrozar por él. Desde entonces, no había vuelto a ser el mismo, no conseguía concentrarse y le sorprendían sus propias reacciones. No actuaba como el Matt de siempre.

Y no estaba allí por casualidad. A cada paso, el chico identificaba un poco más sus motivaciones reales, las que lo empujaban hacia *lo que era preferible evitar*. Quería sembrar el caos en su familia. Hacer estupideces para que cayeran sobre sus padres y sobre su relación con ellos. Quería hacerles sufrir como ellos le hacían sufrir desde el mes pasado.

Matt se sorprendió ante este destello de lucidez.

«¿Por qué actuó así? ¡Yo soy el estúpido en esta historia!» Y, por un momento, estuvo tentado de dar media vuelta y salir de allí.

Pero no tuvo tiempo.

Había llegado a la trastienda, donde se encontraba un antiguo mostrador de cerezo, una estructura de madera cubierta por una pesada plancha de mármol negro. Sentado detrás, un anciano de nariz larga y afilada, prácticamente calvo a excepción de dos mechones blancos encima de las orejas, escuchaba un transistor. El hombre se inclinaba hacia delante, como para pegar la frente al aparato, y parecía que sus minúsculas gafas rectangulares estaban a punto de caerse de la nariz. Su cabeza se volvió en dirección a Matt, sin que el resto del cuerpo se moviera, y miró al adolescente de arriba abajo, con aire suspicaz.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó el anciano con voz cascada.

«¡Este tipo parece sacado de una película!», pensó Matt sorprendido, sin responder a la pregunta.

—¿Y bien? ¡Te estoy hablando! —insistió el viejo Balthazar sin ninguna cortesía.

—Yo... Quería comprarle una cosa.

—¿Comprarme qué?

Matt rebuscó en los bolsillos del vaquero para encontrar algo de dinero y sacó seis billetes de un dólar, que enseñó al anciano; toda su fortuna.

—¿Qué tiene por seis dólares?

Balthazar frunció el entrecejo y sus pequeños ojos negros se estrecharon aún más. Parecía a punto de explotar.

—¡Aquí se viene a buscar algo concreto! —gritó el anciano—. ¿Dónde te crees que estás?

—En una... tienda —respondió Matt sin perder la calma.

Esta vez, Balthazar saltó de su asiento. Llevaba una gruesa bata de lana gris sobre un traje tan polvoriento como su comercio. Apoyó las manos en el mármol del mostrador y se inclinó para mirar a Matt a los ojos.

—¡Menudo insolente! Soy capaz de encontrar cualquier cosa a poco que se le ponga precio, cualquier cosa, ¿me oyes? ¿Y me preguntas qué puedo venderte por seis dólares? ¡Aquí las cosas no funcionan así, no soy de esa clase de tiendas!

Matt empezó a sentir que su valor flaqueaba, no tenía ganas de seguir allí y estaba a punto de largarse cuando percibió un movimiento extraño bajo la manga del anciano. Apenas tuvo tiempo de atisbar el extremo de una cola untosa, marrón y negra, que se agitó antes de desaparecer bajo el tejido. El chico se quedó con la boca abierta. ¿Una serpiente? ¿Este pirado tenía una serpiente enrollada alrededor del brazo, debajo de la bata? Ahora sí que era el momento de salir corriendo.

Pero Tobías apareció detrás de él. Balthazar lo vio y esta vez las mandíbulas se le hincharon bajo la fina piel de los carrillos de tanto como resoplaba.

—¿Y para esto venís varios, mocosos? —profirió.

Tobías no pudo reprimir un gemido de miedo al ver que el anciano se incorporaba y rodeaba el mostrador para dirigirse hacia ellos. Matt retrocedió dos pasos cuando apareció la figura completa de Balthazar.

Lo que divisó le heló la sangre: por detrás de la bata, salía otra cola de serpiente mucho más voluminosa, del tamaño de una gran berenjena. La cola se retorció antes de subir a toda velocidad, como si hubiera comprendido que estaba a la vista.

Matt oyó los pasos de Tobías, que corría hacia la salida.

—¡Largaos enseguida!

El muchacho retrocedió cada vez más rápido, mientras Balthazar se precipitaba sobre él. Luego huyó, hizo eslalon entre las altas estanterías y por fin vio la puerta que se cerraba tras el paso de su amigo. La luz del día que se filtraba por la abertura parecía lejana, casi irreal. No obstante, Matt llegó hasta ella, accionó el picaporte y, desde el umbral, sin saber con certeza la razón, se volvió para contemplar el antro de Balthazar.

En el extremo del pasillo, envuelto en la penumbra del bazar, el

viejo lo observaba también. Mientras la puerta se cerraba despacio, Matt lo vio sonreír, contento consigo mismo. Y, en el último segundo, el joven distinguió una lengua bífida que salía de los labios de Balthazar, la lengua vibrante de una serpiente.